

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO. LA LITERATURA.

1. Importancia y ventaja de los estudios literarios.— 2. Utilidad de las reglas.—
3. ¿Qué es el arte literario?— 4. Jerarquía de las facultades humanas.—
5. Daños que causa á la literatura el predominio de la imaginación y la sensibilidad.— 6. Afición en nuestros días á la literatura ligera y mal-sana.— 7. Influencia benéfica ó nociva de la literatura en la Sociedad.—
8. Relaciones entre la literatura y la moral; auxilio que ésta suele prestar á aquélla.— 9. La Iglesia católica y las bellas letras.— 10. Deberes literarios de los cristianos.— 11. La crítica literaria.

1. Importancia y ventaja de los estudios literarios.—La literatura es uno de los ramos del saber más gratos á los hombres de estudio y muy preferidos por la juventud, desde que se despierta en su alma la afición hacia lo bello. ¿Quién, en efecto, de los que le rinden culto, aunque sea por grato solaz, no ha leído algunas de esas hermosas producciones del ingenio humano, en que no se sabe admirar, si más el asunto de que tratan, ó las galas y atractivos del lenguaje? La importancia de los estudios literarios nace de que todas las concepciones de la mente, incluidas las más abstractas, necesitan *exteriorizarse* por medio de la palabra oral ó escrita, para que sean conocidas y estimadas de los demás. Así como un vestido desaliñado y grotesco afea á la persona más apuesta y hermosa, también un estilo inadecuado y rudo deslustra las mejores obras de la inteligencia. Aun cuando un autor haya concebido un tema digno de la oda ó de la epopeya, si no expresa debidamente su pensamiento, si no le da colorido y vida por medio del lenguaje, pasará con su obra lo que con aquellas cascadas que con su ruido asustan y ensordecen, sin dejar en el alma una impresión plácida y tranquila.

Muchas ventajas proporciona al hombre el cultivo de las bellas letras, que los antiguos llamaban *buenas letras*, para manifestar la unión que debe existir entre el talento y la virtud, entre el genio y la verdad.

«El estudio de las bellas letras pule al espíritu y le hace más delicado, poniéndole en contacto con ingenios supe-

riores; forma el juicio, enseñándole á comparar un autor con otro, á ver la diferencia entre dos páginas escritas en un mismo género y acerca de un mismo tema; hace distinguir lo realmente bello de lo que sólo tiene la apariencia de tal; eleva al alma y la engrandece, presentándole en forma atractiva los pensamientos levantados y auxiliándola para producir otros semejantes; embellece, en fin, la vida, porque dulcifica las costumbres y las torna amables, por el hábito de meditar, de gustar el encanto de los poetas y de vivir con los genios de los tiempos pasados.»¹

El cultivo de la literatura comunica al espíritu cierta delicadeza y rectitud de juicio, le recrea y ennoblece, le enseña el arte del bien decir, y aun le infunde amor al bien. Por esto se llama á la literatura *gaya ciencia*, y sin sus encantos y atavíos no logran el escritor ni el orador agradar, instruir y conmover á sus lectores ú oyentes.

2. Utilidad de las reglas.—La literatura, como los demás ramos del saber, exige de quien la cultiva, aptitudes naturales, ó sea, facultades literarias. Las principales entre éstas son: «el *genio*, ó sea la fuerza de invención ó numen, resultado del amor sincero á la verdad y de la intuición clara del objeto; el *talento*, que consiste en cierta aptitud para dar á los asuntos que se tratan y á las ideas que se expresan, un valor que el arte aprueba y en que el gusto se deleita; el *ingenio*, que es la facultad de percibir en las cosas relaciones delicadas y ocultas, manifestándolas de un modo agradable, por medio de la agudeza del pensamiento y del giro artificioso de la expresión; la *memoria*, ó sea la facultad de acordarse de las ideas é imágenes anteriormente adquiridas; la *imaginación*, ó sea, el poder que tiene el hombre de representarse en la mente las cosas visibles é invisibles; el *gusto*, esto es, el discernimiento exacto, el tacto delicado y la vista fina, para sentir y conocer las bellezas y defectos de las obras del ingenio; la *sensibilidad*, que, considerada como facultad literaria, es una propensión nativa del alma á dejarse conmover fácil y vivamente del bien ó

¹ Notions de littérature, por el autor de «Paillettes d'ors».

del mal, de lo bello ó de lo feo, y á comunicar sin trabajo á los demás las emociones que siente, el *juicio*, en fin, en cuya virtud distingue el hombre lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y la conveniencia ó repugnancia de las ideas entre sí.¹

Pero, supuestas las dotes naturales, es muy útil al hombre de letras el conocimiento y aplicación de las reglas literarias, ó sea, de los principios establecidos por los maestros del buen decir, para dirigir al entendimiento en sus producciones y en la apreciación de las obras ajenas. Es indispensable conocer dichos preceptos y estudiar las obras en que campean la fuerza del talento y la observancia de aquéllos, si se desea ocupar puesto de honor en la república de las letras.

Las reglas literarias y los modelos no han sido fijados al acaso por el capricho ó la autoridad de los retóricos; pues los modelos, en todo género, han precedido á los preceptos, y las reglas se fundan en la naturaleza de las cosas, y son tan fijas, permanentes é invariables como ella.² Entre las reglas literarias, hay unas fundamentales, deducidas del modo intrínseco de ser de la obra misma, reglas de que no se debe prescindir en ningún caso; y hay otras accidentales, que pueden modificarse y de las que es dado eximirse á los hombres de verdadero talento; pero, como los genios son raros, y las medianías forman la gran mayoría del mundo científico y literario, es preciso inculcar la observancia de las reglas fundadas en la observación y en el análisis de los modelos.

3. ¿Qué es el arte literario?—Para hablar bien, es preciso proceder de conformidad con la naturaleza y con el fin de la palabra, según la acertada observación del Padre Longhaye. Bossuet dice, á su vez, que la palabra es en sí *una y doble, corporal y espiritual*. Corporal, por el sonido y por el aire comprimido; espiritual, por el pensamiento que encarna en sí, imagen y resumen en todo de nuestra natura-

¹ «Elementos de literatura», por los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

² Cf. obra citada.

leza. De modo que la palabra es á un tiempo la manifestación de una cosa ú objeto y la acción moral de un alma sobre otra. Por lo cual se define el arte literario: *el arte que se propone ejercer sobre el hombre una influencia poderosa y ordenada por medio de la palabra*.

De esta definición se deduce que la literatura se propone: 1º enseñarnos á hablar y escribir debida y correctamente; 2º que también intenta un fin moral: á saber, el perfeccionamiento del hombre, para lo cual debe proceder de acuerdo con la verdad y el bien; y 3º que la mayor ó menor eficacia de la palabra depende de procurar ó no el desenvolvimiento simultáneo y ordenado de las facultades humanas.

4. **Jerarquía de las facultades humanas.**—Entre las facultades del hombre, las principales son la inteligencia, cuyo objeto adecuado es la verdad; y la voluntad, que tiende al bien. Vienen después la imaginación y la sensibilidad, facultades inferiores, que deben estar subordinadas á las primeras y ser dirigidas por ellas.

Por esto, en la producción de toda obra literaria han de intervenir las facultades *ordenadamente*: esto es, en el lugar que les corresponde, atentas su importancia y la jerarquía esencial que existe entre ellas. Toda violación en este punto causa desequilibrio en las mismas facultades y perjudica á la obra literaria. En cuanto al *fondo* de ésta, el escritor ha de inspirarse siempre en la verdad y tender á un fin honesto y laudable. Hay géneros de composición en que una facultad interviene más que otra: así en los discursos patéticos y en las descripciones abundan las imágenes y figuras retóricas, de modo que desempeñan en ellas papel muy importante la imaginación y el sentimiento; por el contrario, en las obras históricas y didácticas, predomina la razón, sin excluir por completo el apoyo de las facultades auxiliares. Mas, en ningún caso, como lo indica el citado autor, se ha de ahogar la razón con el torbellino deslumbrador de las imágenes, ni adornar la voluntad con la violencia y mollicie de los sentimientos.

5. **Daños que causa á la literatura el predominio de la imaginación y la sensibilidad.**—Por desgracia se prescinde completamente en muchas producciones literarias,

de la jerarquía de las facultades, y se da preferencia á las inferiores y subordinadas sobre las principales y motoras, lo que ha causado á la moral y á las letras un daño incalculable. Sobre todo en nuestros días abundan libros y folletos en que la imaginación, libre del saludable freno de la razón, y la sensibilidad, desligada del imperio de la voluntad, pintan con colores halagüeños el error y el crimen, ocasionando la perversión de las ideas y el libertinaje de las costumbres: «¿No debemos atribuir á los arranques de una fantasía loca y los excesos de un sentimentalismo novelesco tantas obras infames en que se hace la apología del vicio y se ridiculizan la honradez y la virtud?» exclama Caro¹. «Siendo la sensibilidad á la vez ardiente y débil, es el guía menos seguro. Ella es, además, romancesca y brutal al mismo tiempo: es brutal, porque los sentidos intervienen demasiado; es romancesca, porque el ardor de los sentidos produce cierta embriaguez ó ilusión que embellece todo pasajeramente. No creáis que, por ser la sensibilidad capaz de muy hermosas palabras, sea capaz de abnegación; pues es inhábil para reconocer y cumplir un deber cualquiera, cuando éste impone alguna dificultad ó sacrificio, y no va acompañado de emoción ó de placer.

El predominio de la imaginación y la sensibilidad en las obras literarias enerva el carácter, estraga el mismo gusto literario, infunde desdén por las obras serias é instructivas, y afición por las ligeras y aun malsanas. En el mundo moderno se vive muy de prisa, y pocos se dedican á la lectura y estudio de esas obras voluminosas é instructivas, fruto del trabajo paciente y tenaz de nuestros mayores. El materialismo y, lo que es peor, el sensualismo, han invadido el terreno de la literatura, han pervertido el gusto y maleado á no pocos escritores que se dedican á la inícuca propaganda de las malas ideas, disfrazándolas y ataviándolas con las galas del lenguaje, á fin de excitar más fácilmente las pasiones y apoderarse de la voluntad. «Casi toda la literatura contemporánea», dice Longhaye², «atestigua la ruptura esencial de las facultades:

¹ Cita de Longhaye, en la obra «Théorie des belles-lettres».

² L. c.

romanticismo, fantasmismo, naturalismo, todo en el fondo conduce al mismo resultado; lo cual no debe asombrarnos, pues sabemos que el hombre vive en guerra consigo mismo, y que la carne en pugna con el espíritu ocasiona ruptura y combate entre las facultades inferiores y superiores...» Y, aludiendo á los males que produce el predominio de la imaginación sobre la inteligencia, añade: «Cuando la imagen, por muy repetida y brillante, nos distrae del pensamiento capital; cuando el estilo viene á ser una especie de fantasmagoría de colorido deslumbrador, pero de dibujos extravagantes y vacíos de sentido, ¿no es cierto que la razón queda dominada por la imaginación? ¿No será esto efecto de un mal hábito, que muchos considerarán acaso como una conquista de la literatura contemporánea, en especial de la poesía? Después de la pedantería deslucida y fría del siglo XVIII, nos vino el exceso de colorido, del que aún Chateaubriand no siempre escapó. Luego con Victor Hugo vienen la enumeración infinita, el detalle inagotable, la lluvia de perlas finas ó falsas que deslumbran la vista y encubren mal las desigualdades de la inspiración.»

Pero, al rechazar como nocivo el predominio de la imaginación en todas las obras literarias, no se la ha de excluir por completo, ni aun en las en que interviene principalmente la razón, so pena de que sean áridas y de penosa lectura. Cuando la razón guía á la imaginación, y el fondo de la obra es verídico y moral, no son reprochables los vuelos y arranques de esta última facultad. «¿Quién no ha notado», dice Balmes¹, «el vuelo que en nuestra época va tomando la fantasía y la prodigiosa expansión del corazón en esa literatura tan varia, tan irregular, tan fluctuante, pero al propio tiempo tan rica de hermosísimos cuadros, rebosante de sentimientos delicados y embutida de pensamientos atractivos y generosos?»

Mas, conviene repetir, una vez por todas: la perfección literaria depende del equilibrio y armonía de las facultades; lo que, en cierto modo, produce la *salud física del alma*.

¹ «El protestantismo».

En efecto, «de este equilibrio de las facultades en su jerarquía nativa resulta el imperio extenso, suave, generoso, pero inviolado, de la razón y de la voluntad sobre la imaginación y el corazón, de las facultades espirituales sobre las sensitivas: imperio necesario, consecuencia ó, mejor dicho, extensión inmediata, de el del alma sobre el cuerpo; imperio que no puede negar sino el materialista, porque ignora lo que es el hombre y hace profesión de no ser hombre»¹.

6. Afición en nuestros días á la literatura ligera y malsana.—Grande afición existe en nuestros días á la literatura ligera y corruptora: sobre todo, el drama y la novela procuran excitar las más vergonzosas pasiones, por medio de escenas en que se hace la apología del crimen y se presenta en ridículo á la honradez y la virtud. La decencia, el pudor, la justicia, los dogmas mismos de la religión son objeto de ataques soccos de parte de los modernos profanadores del pensamiento, que han hecho de la literatura una *mercancía, explotada, vendida y comprada, alterada y falsificada*, al decir de un escritor, como no lo es ni aun el más vulgar de los artículos que se ponen al servicio de nuestras más bajas necesidades. «Dramaturgos y novelistas», afirma el P. Félix², «que fingen escandalizarse ante algunas raras condescendencias de la casuística cristiana, no se avergüenzan de extender el *dorado velo* de su nueva moral sobre todos los crímenes, todas las disoluciones, todas las crueldades, y á veces sobre todo género de maldades»... «¡Oh! ¿Quién vendrá con el látigo en la mano», exclama indignado el mismo autor, «á arrojar del santuario de las letras á esos mercaderes del pensamiento humano? ¿Quién vendrá á barrer del templo esas inmundicias que han acumulado la inmoralidad, el cinismo y el agiotaje de la literatura corruptora? ¿Quién sabrá azotar con animosa indignación todas esas fealdades y depravaciones literarias, que, rebajando y deshonrando la dignidad del arte, rebajan y deshonran á la humanidad misma?»

¹ *Lamhay*, Dix-neuvième siècle. Esquisses littéraires et morales.

² «Causas de la decadencia artística».

«¿Qué habéis hecho de la escena francesa?» repeta Julio Favre, en la Asamblea misma legislativa: «habéis hecho de ella un foco de libertinaje y de impudencia. Allí presentáis unas desnudeces, ante las cuales no hay pudor que no se avergüence. En vuestros teatros prostituíd á los niños, haciéndoles representar tipos de degradación y de cinismo, con escándalo de todas las personas honradas.»—«¿Qué ha pasado», pregunta Pelletan, «con esa forma privilegiada de la literatura que se llama la novela? Se ha sacado de ella la novela aventurera, la novela sin casa ni hogar, la novela que arrastra á la juventud á lo más abyecto, que relata la vida desordenada, que poetiza el vicio por el vicio, primero el vicio *cándido é ingenio*, después el vicio ya *experimentado*; y, por último, la novela corruptora, en que el escándalo lo explica todo y hace las veces del talento.»¹

Esta enfermedad literaria, esta afición á las imágenes recargadas, al sentimentalismo y romanticismo exagerados, manifiestan que la moral y las letras van á menos en nuestros días; que «hay disgusto por la belleza calmada y serena, y apego al colorido chillón, á la impresión desmesurada. Nos parece pálido cuanto es sobrio de adornos, y estamos tentados á juzgar frío todo lo que no es violento. Es imposible desconocerlo: la imaginación y la sensibilidad han tomado entre nosotros un desarrollo anormal y enfermizo. Muy debido era resistir á la frialdad estéril ó á la *sensiblería* fatigosa de los contemporáneos de Voltaire: confesamos de buen grado que, en poesía sobre todo, se podía aflojar un tanto la severidad del gran siglo; pero convenía detenerse allí, y dando acaso un vuelo más libre á las facultades inferiores, conservarlas rigurosamente en el puesto que Dios les ha señalado. La palabra sería entonces más respetada, y el hombre más fuerte.»²

7. Influencia benéfica ó nociva de la literatura en la Sociedad.—Grande es el atractivo de la literatura y benéfico su influjo en los individuos y en la sociedad cuando

¹ Citas del P. Félix.

² *Lamhay*, Théorie des belles-lettres.

se somete á los dictámenes de la moral y á las reglas del buen gusto. Esto se funda en que toda obra literaria es la expresión de los sentimientos del escritor, cuyo propósito es hacernos pensar y sentir como él. La literatura, ha dicho Faguet, es la más inmediatamente psicológica de todas las artes, porque es la que más prontá y directamente nos transmite, en algún modo, el alma del autor. La literatura, que está enlazada con la ciencia y las costumbres, añade el Padre Félix, preludia todos los progresos y todas las decadencias artísticas; la literatura, esto es, el arte en su esfera superior, el arte magistral, que juzga y gobierna á todas las demás, que condena ó absuelve, aprueba ó rechaza, alienta ó desanima, aplaude ó persigue, eleva ó abate, corona ó derriba á las soberanías artísticas¹.

Hay varias causas que contribuyen al adelanto ó á la decadencia de las bellas letras y aun á su acción benéfica en la sociedad. Tales son, á juicio de un escritor: 1º El *medio físico* en que se vive; esto es, el temperamento de cada uno, que está sometido al influjo del clima, á las cualidades ó defectos que se heredan, á ciertos accidentes graves, como los desastres y trastornos públicos. 2º El *medio social*, ó sea la forma de gobierno, el estado de despotismo, de anarquía ó de orden legal que impera en una nación, nada de lo que no puede ser indiferente al cultivo de las letras. 3º La *organización social* de un pueblo, á saber: sus hábitos aristocráticos ó democráticos; pero estos hábitos, como las dos causas anteriores, obran sólo débil é indirectamente en las producciones literarias; porque el buen gusto, la rectitud, la elevación de espíritu y de sentimiento, cosas indispensables para la perfección de éstas, no exigen una casta privilegiada, ni un clima determinado, ni les perjudica la aristocracia ó la democracia².

«El *medio intelectual* y el *medio moral*, ó sea el estado general de las inteligencias y el de las almas», dice el mismo autor, «son las causas profundas y verdaderamente determinantes de una literatura.

¹ Cf. «Causas de la decadencia artística».

² Cf. *Longhays*, *Dix-neuvième siècle*.

«El medio intelectual es el espíritu peculiar de cada raza, que modifica, sin destruir, los caracteres esenciales del espíritu humano; es esa originalidad nacional que reconocemos legítima, desde luego, con tal que no exagere hasta salirse del tipo universal y de las leyes naturales. Pasa con cada pueblo lo que con cada individuo: por bien dotado que sea, no reúne en sí todas las perfecciones; y desde que mira á su alrededor, encuentra cosas que envidiar y en que instruirse. Es necesario conocer las otras literaturas y compararlas con la propia, imitar las obras maestras de otros autores, y esforzarse discretamente en extender y completar su propio genio, asimilándose algunos rasgos de los genios exóticos.... De este modo se adquieren conocimientos más ricos y hábitos de análisis y de crítica más vastos y profundos.

«Pero la situación intelectual de un individuo ó de un pueblo está íntimamente ligada con su estado moral. Poesía, elocuencia, historia, crítica, todas las formas de la palabra valen, al fin de cuentas, por el alma y para el alma. Una literatura es el signo auténtico de un estado del alma; porque aquélla es el efecto próximo y el fruto natural de ésta.... Las otras condiciones de clima, de temperamento, las instituciones políticas, las diversas relaciones de las clases entre sí, no obran verdaderamente sobre las letras sino pasando por el alma é influyendo en ella; pero hablar del estado moral de una sociedad, es hablar de la causa inmediata y principal de su literatura; juzgar de ésta equivale á apreciar la nota moral que de ella se desprende y nos solicita á vibrar de unisono con aquélla.

«Mas, para apreciar el estado moral de una sociedad, no basta considerar sólo sus costumbres sanas ó corrompidas, sino también su reposo, debido á la posesión común de verdades fundamentales, ó su trastorno, producido por la confusión de las doctrinas ó la incertidumbre universal. Para las letras como para la vida, aprovecha mucho que los principios permanezcan ciertos, sean reconocidos por todos, estén fuera de duda, y que aceptándolos se califique su violación de inconsecuencia.

«Para el hombre reflexivo, las artes liberales, al ponerse al servicio de la inmoralidad, no sólo faltan á su fin superior, que es elevar el alma, sino que se amenguan y envilecen; porque una obra nociva no puede proporcionar á nadie la verdadera y pura emoción estética.... Asimismo, una literatura escéptica es una máquina que produce impresiones sensuales, y causa la frivolidad y la depravación.... El que no cree en nada no ama nada, y el que no ama nada es estéril. El escepticismo mata el arte.»¹

Cuando á un fondo sano se une la perfección en la forma, las producciones literarias ejercen en el ánimo un influjo saludable y avasallador. Pero, ¡cuán pocas veces se realiza esto! y por eso necesita especialmente el joven, de cautela y dirección en sus lecturas. Su deseo de instruirse, su avidez misma en leer las producciones del ingenio humano, hace que muchas veces las acepte sin discernimiento y sin separar la paja del buen grano. Sobre todo, cuando un lenguaje atildado embellece una obra, es muy fácil á ésta inocular el veneno del error y atraer á los lectores con las seducciones del vicio. ¡Cuántas almas juveniles han perdido el tesoro de la inocencia, y aun atragado el gusto literario por las lecturas nocivas!

8. Relaciones entre la literatura y la moral; auxilio que ésta suele prestar á aquélla. — El cultivo de las bellas letras, de la literatura especialmente, lejos de estar reñido con la moral y los dogmas católicos, encuentra antes bien en ellos un manantial fecundo de belleza y de buen gusto. ¡Cuántas y cuán hermosas producciones deben su origen á las enseñanzas divinas y á la hermosura y atractivos de las virtudes cristianas! La historia de la religión está íntimamente ligada con la de las letras; y desde la Biblia y los escritos de los Padres y apologistas de los primeros siglos de la Iglesia, hasta el *Genio del cristianismo* de Chateaubriand y los *Estudios filosóficos* de Augusto Nicolás, innumerables obras de indiscutible mérito han formado y enriquecido el inmenso arsenal de la ciencia y literatura católicas. Proistas insignes, poetas eminentes, filósofos y naturalistas

¹ Cf. *Longhaye* l. c.

profundos, historiadores distinguidos, etc., abundan entre los hijos de la Iglesia, madre fecunda de santos y de sabios.

Las mejores producciones literarias, en especial las poéticas, se han inspirado en asuntos religiosos, y las últimas, sobre todo, han servido con frecuencia de lazo de unión entre Dios y el hombre. La inspiración, sin la que no existe el numen poético, eleva al hombre sobre el nivel común, le transforma, en cierto modo, y le levanta hasta el trono de la Divinidad, para que cante sus glorias y grandezas. La historia comprueba que la poesía decae y se esteriliza cuando se desliga del vínculo sobrenatural, cuando se torna impía y voluptuosa.

«La poesía de los antiguos era toda religiosa en su principio y en sus más remotos orígenes», dice Ozanam¹: «la poesía era la predicación del paganismo, que no conocía otra. En servicio de los dioses se habían referido por primera vez esas largas historias destinadas á resumirse un día en poemas épicos, en los que se celebraban las hazañas de los héroes, hijos de los dioses. Los primeros cantos fueron otros tantos himnos á los inmortales. En cuanto á la tragedia, el teatro no se habría sino en las fiestas de Baco, y aquélla no era sino una parte del culto público. Por esto, cuando la poesía salió de los templos y se manifestó al exterior; cuando fué entregada á los profanos por Homero y Hesíodo; cuando con Virgilio penetró en la familiaridad de Augusto y, tomando en seguida asiento entre los cortesanos, se inclinó ante el trono de Nerón, entonces es natural inquietarse por el destino de la poesía, temor que se justifica cuando Claudiano la hace entrar en la domesticidad de Estilicón y de los otros ministros de Honorio.»

«Quitad la religión, y cortaréis las alas al poeta, que en seguida caerá por tierra y se sentirá como estrecho en el mundo. Con la religión, al contrario, todo se agranda, y el horizonte se extiende sin límites para sus miradas, ante la inmensidad de Dios.... Colocada en la tierra para elevar hasta Dios los homenajes de los hombres, entre quienes dis-

¹ La tradition littéraire.

tribuye en cambio los dones celestiales, la religión nos muestra con una mano la morada de la eterna felicidad, y con la otra los abismos abiertos por la justicia divina. ¡Qué campo tan vasto para el genio del poeta, qué asuntos tan hermosos para sus meditaciones!¹

«Entre los griegos», añade Chateaubriand², «el cielo terminaba en la cumbre del Olimpo, y sus dioses no se elevaban más alto que los vapores de la tierra. El maravilloso cristiano, de acuerdo con la razón, las ciencias y la expansión de nuestro ánimo, se hunde de mundo en mundo, de universo en universo, en espacios en que la imaginación asustada se estremece y retrocede. En vano los telescopios escudriñan todos los ángulos del cielo; en vano persiguen al cometa más allá de nuestro sistema: el cometa al fin se escapa; pero no escapa al arcángel que le arrastra a su polo desconocido, y que, en el siglo señalado, le conducirá por caminos misteriosos hasta el hogar de nuestro sol. El poeta cristiano es el único iniciado en el secreto de estas maravillas. ¡De globo en globo, de sol en sol, con los *serafines* y los *tronos* que gobiernan los mundos, la imaginación fatigada vuelve a descender, en fin, sobre la tierra, como un río que por una cascada magnífica derrama sus olas de oro ante el sol que se hunde radiante en el ocaso!»

Dadas las relaciones que existen entre el arte y la moral, entre la religión y la ciencia social, la cuestión religiosa ha sido una de las principales preocupaciones del siglo XIX, como lo nota M. Brunetiere. «Particularmente en Francia, en el país de Voltaire y de Montaigne, se ha realizado esto. El primer gran libro del siglo, el 'Genio del cristianismo', es una refutación de todos los sofismas aducidos por el siglo XVIII contra la idea religiosa. Viene en seguida Lamennais con su 'Ensayo sobre la indiferencia', y, casi al mismo tiempo, el hombre que me complazco en llamar *el teólogo laico de la Providencia*, José de Maistre, con su libro 'Del Papa' y sus 'Veladas de San Petersburgo'. . . . Desde el punto

¹ *Parnass*, Le génie du catholicisme.

² «El genio del cristianismo».

de vista religioso escribió Vinet su 'Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII', y Sainte-Beuve su 'Port-Royal'. . . . Los eruditos entran también en línea: Eugenio Burnouf, el más grande de todos, cuya gloria es haber fundado la historia de las religiones, con su 'Introducción á la historia del Budismo'; y los hebraizantes ó arabizantes siguen las huellas de su maestro Silvestre de Sacy, autor de la 'Exposición de la religión de los Drusos'. Novelistas como Balzac no dejan escapar la ocasión de afirmar la intransigencia de su catolicismo. Los poetas mismos toman partido: Lamartine en su 'Jocelyn', ó Vigny en sus 'Destinos'; y los historiadores con mayor razón. En vano se ha pretendido apartar la cuestión religiosa: ella ha vuelto; y los que vengan después de nosotros, tampoco la podrán evitar. Y desde luego debemos felicitarnos de ello; puesto que no hay para el hombre pensador cosa más importante ni más *personal*, cuya meditación sirva de mejor escuela á la inteligencia, aun desde el punto de vista puramente humano; ni hay cosa cuya preocupación dé á la literatura más sentido, profundidad y atractivo.»¹

La religión no se limita á suministrar al poeta importantes asuntos que tratar y ricos materiales que utilizar, pues también le auxilia en la ejecución de su trabajo, infundiéndole amor á la soledad, al recogimiento interior, á la meditación. «Si muchas obras de hoy están desprovistas de pensamientos sólidos y carecen de vigor de expresión, es debido á que el escritor, encadenado al mundo por el torbellino de los negocios y de los placeres, trabaja siempre con mucha precipitación. ¿Veis esos convoyes que pasan de un punto á otro con una rapidez extrema? El silbido del vapor que se escapa, el hierro que rechina sobre el hierro, la nube espesa que se difunde por el aire: he ahí lo que se nota desde luego. Después, cuando el convoy está á cierta distancia, deja entrever algo vago que pronto desaparece por completo. Ésta es la poesía del siglo: ella es vocinglera, dura, nebulosa; pasa de un punto á otro con sorprendente rapidez, y no deja en el pensamiento sino algo indeciso que luego

¹ Un siècle: La littérature.

se disipa para no volver. La obra del hombre, la poesía sobre todo, exige un trabajo concienzudo, una meditación profunda. Si los versos de Virgilio están impregnados de cierto sello de melancolía, que no siempre se encuentra en el mismo Racine, nace esto de que el primero, por infortunio ó por disgusto, pasó parte de su vida en el campo, mientras el segundo vivió siempre en medio del mundo y de la corte.... Poetas, ¿habéis elegido un tema difícil, y queréis salir bien de vuestra empresa? Salid del mundo, á lo menos por algún tiempo; id á soñar en las playas solitarias, á la sombra de una floresta; venid á orar en nuestras viejas catedrales, al pie de la cruz, junto á las tumbas; exigid á los hijos mismos de la soledad la práctica difícil del silencio y de la meditación.... ¿Queréis pintar la naturaleza? Aprended antes á conocerla. ¿Deseáis hablar del hombre? Entrad dentro de vosotros mismos, y consultad á vuestro corazón. ¿Aspiráis á elevaros con vuestro pensamiento hasta Dios? Escuchad lo que os dice la religión. ¿Queréis que vuestra obra pase á la posteridad? No podréis obtener la inmortalidad en pocos instantes.¹

De lo anteriormente dicho se puede deducir, con el Padre Longhayé, que la ley moral y la ley literaria guardan entre sí estrecha relación; pues son como dos flores que brotan de un mismo tallo y salen de las profundidades de la naturaleza humana, y, por tanto, de las profundidades del mismo Dios.... «Sea cual fuere el objeto de la palabra», afirma el mismo autor², «tiene siempre la obligación de sostener la excelencia del espíritu y su imperio sobre la materia; por lo que debe ser *espiritualista*, esto es, no usar de lo sensible sino en servicio del espíritu.... Porque ¿qué cosa intenta la sana literatura? El respeto de la jerarquía de las facultades, á lo que nos obliga la moral, á lo menos indirectamente, á título de precaución y de higiene habitual del alma.» ¡Ah! ¡cuánto ganarían en solidez y en mérito literario las producciones del ingenio, si no contrariaran las leyes de la moral ni los dictámenes de la recta razón!

¹ *Finard* l. c.² *Théorie des belles-lettres*.

Por lo demás, al condenar la lectura de obras nocivas ó de mal gusto literario, no pretendo rechazar incondicionalmente como malsana la lectura de los clásicos paganos. Nadie puede desconocer el mérito relevante de esos autores, sin cuyo estudio se privaría el literato de modelos acabados en el arte del bien decir; pero, como los intereses de la moral están sobre todo, es preciso, en los libros antiguos y modernos, prescindir de las obras lascivas y corruptoras, que, por desgracia, abundan entre los paganos. Por esto Pío IX, en carta dirigida en 1854 á los obispos de Francia, les aconsejaba usar con precaución, en la enseñanza de la juventud, de las obras de los clásicos antiguos.

9. **La Iglesia católica y las bellas letras.**—Varias veces se ha tratado en esta obra del auxilio eficaz y constante que la Iglesia ha prestado á la cultura del espíritu y al adelanto intelectual, moral y material de los pueblos. Por lo mismo no podían serle indiferentes las bellas letras y, en especial, la literatura; pues, aun cuando el fin de la Iglesia sea sobrenatural, como existe en el tiempo y sus miembros constan de alma y cuerpo, acepta los medios humanos y temporales lícitos, que pueden servirle para el desempeño de su misión y el bienestar del hombre.

Ahora bien, el cultivo de las letras hace al hombre más apto para las labores intelectuales y lo engrandece ante sus semejantes; al contrario, el que no las conoce y posee pierde mucho en la estima de la gente ilustrada. Además, «como nuestra naturaleza es tal», según observa León XIII¹, «que nos elevamos de las cosas sensibles á las superiores, no hay cosa más á propósito para ayudar á la inteligencia que los recursos del estilo y la cultura intelectual. Una manera de decir elegante y natural atrae á los hombres á leer y á escuchar: la verdad iluminada por el brillo del lenguaje, penetra con mayor facilidad en los espíritus y se apodera de ellos. Existe entonces cierta semejanza con el culto exterior de Dios, que tiene la gran ventaja de elevar el pensamiento y el espíritu, del esplendor de las cosas sensibles á la Divinidad misma.»

¹ Carta al cardenal Parocchi, de 20 de mayo de 1885.

Encargada la Iglesia de los intereses más vitales de la humanidad, procura el perfeccionamiento de ésta en todo sentido, y promueve, por lo mismo, el desarrollo armónico de todas sus fuerzas y facultades. «Penetrada de estas razones», dice León XIII en el mismo importante documento, «é inclinada á cuanto es honesto, bello y laudable, la Iglesia católica ha estimado siempre en su justo precio los estudios literarios y se ha mostrado en todo tiempo cuidadosa de su progreso.

«En efecto, todos los santos Padres han sido letrados en la medida que su época lo permitía; y algunos de ellos poseyeron un genio y arte tan notables, que pueden competir con los más célebres escritores paganos de Grecia y Roma. La Iglesia hizo al mundo el inestimable servicio de libertar de la destrucción una gran parte de las antiguas obras de poesía, de elocuencia é historia. Nadie ignora que en la época en que las letras estaban abandonadas y cuando el ruido de las armas les imponía silencio en toda Europa, á causa de las invasiones de los bárbaros, un solo refugio tuvieron aquéllas: las comunidades de monjes y de sacerdotes.

«Conviene recordar que un gran número de los Pontífices romanos sobresalieron por la perfección en las letras: tales son, Dámaso, León el Grande y Gregorio el Grande, Zacarías, Silvestre II, Gregorio IX, Eugenio IV, Nicolás V y León X, cuyo recuerdo no perecerá. En la dilatada serie de los papas no se encuentra tal vez uno solo que haya desatendido las letras. Su previsión y generosidad les indujeron á abrir en todas partes escuelas y colegios para la juventud ávida de instrucción, y á ofrecer en las bibliotecas alimento á los espíritus. Los obispos recibieron orden de fundar en sus diócesis escuelas de literatura, y los sabios fueron colmados de beneficios que los estimulaban al trabajo. Todo esto es tan cierto, que los mismos detractores de la Sede Apostólica se han visto obligados á confesar que los Pontífices romanos son insignes bienhechores de los buenos estudios.»¹

¹ Carta citada de León XIII.

Sabido es que las Universidades más célebres de Europa, como las de Salerno, Bolonia, Padua, Tubinga, Friburgo, Salamanca, Praga, París, etc., fueron fundadas ó fomentadas por la Iglesia, y que á su seno pertenecieron también los más insignes escritores del siglo de oro de la literatura francesa y española.

Por esto León XIII, á ejemplo de sus predecesores, puso vivo empeño en que el estudio de las letras *recobrase su puesto de honor y su antiguo brillo entre el clero*. Con este fin ordenó que en el Seminario Romano se abrieran cursos particulares y más elevados en que los jóvenes más inteligentes cultiven con mayor intensidad bajo la dirección de maestros capaces, las letras italianas, griegas y latinas¹.

Las bellas letras, á su vez, han servido no poco á la Iglesia y á la moral, cooperando á la difusión de su doctrina con las galas de la dicción y la poderosa fuerza de la oratoria. Por lo cual Pablo III prescribió á los escritores católicos el empleo de un estilo elegante, para refutar á los herejes, que pretendían ser los únicos en juntar al conocimiento de la doctrina el de las letras. Como dice León XIII², «el estudio de las bellas letras ha auxiliado poderosamente á muchos hombres á ser valerosos y útiles obreros al servicio de la Iglesia, y los ha hecho capaces de componer obras verdaderamente dignas de pasar á la posteridad, que contribuyen aun en nuestros días á la defensa y difusión de la verdad revelada.»

10. Deberes literarios de los cristianos.— Cuantos han recibido dotes literarias y desean emplearlas debidamente; cuantos pretenden libertarse del torrente destructor del sensualismo que intenta ahogar el arte en sus inmundas olas, deben persuadirse de que, sin amor á la verdad y al bien, sin respeto á la moral y á la decencia, sin religión, en una palabra, es imposible no extraviarse en el cultivo de la literatura. «También el poeta tiene la responsabilidad de las almas», afirma Víctor Hugo³: «no conviene que la multitud salga

¹ *Ibid.*

² Enciclica al episcopado y al clero de Francia, del 8 de septiembre de 1899.

³ Des devoirs littéraires des chrétiens.

del teatro sin llevar consigo alguna regla de moral austera y profunda.» Con razón señala Ozanam como el *primer deber literario* de los cristianos, la *ortodoxia*. «Esta ley», dice, «que parece desde luego una sujeción y una traba, viene á ser, por el contrario, principio de libertad y grandeza.... La libertad no consiste en la duda retrógrada que compromete el progreso de los espíritus. Hay en toda ciencia una autoidad, una *ortodoxia* de que no se puede desviar impunemente.» Y en otro lugar añade: «La fe infunde hábitos de convicción, de firmeza, de disciplina. Y ¿qué otra cosa falta á nuestro siglo para ser un gran siglo, sino disciplinar tantos talentos superiores? ¿Acaso ha habido jamás inspiraciones más generosas, ambiciones y deseos más nobles, como también más esfuerzos perdidos, más veleidades impotentes y caracteres más indecisos? Les ha faltado esa educación bienhechora y severa del cristianismo. La fe obra sobre todo en la voluntad, y la voluntad es la mayor parte del genio.»

Por el contrario, la duda, la impiedad, la irreligión, en fin, ahogan el talento, esterilizan el ingenio, pervierten el corazón, ciegan las fuentes de la verdad y de la inspiración literaria; y si el hombre de talento estragado y corrompido puede manejar la pluma, sus producciones son nocivas y carecen de la energía y belleza que tendrían si se pusiesen al servicio de las sanas ideas. ¡Cuán grave deber tiene el escritor de alejarse del campo árido del escepticismo! «El que duda», dice Ozanam, «no tiene derecho, si es consecuente, de resolver ni un problema de álgebra ni una dificultad de filología, si antes no resuelve esas incertidumbres que han de turbar su sueño y humedecer con lágrimas su lecho.»

II. **La crítica literaria.**—La limitación nativa de las facultades humanas hace que las obras del hombre, de cualquier género que sean, carezcan de perfección absoluta, y que el engaño y aun el error deslustren muchas veces las producciones del ingenio. De ahí la necesidad de un examen serio y detenido de éstas, á fin de anotar y corregir los defectos, y de ajustarlas á las reglas fundadas en el buen gusto y en la experiencia de los siglos, para que alcancen la perfección relativa que les es dado obtener.

En tan útil labor entiende la crítica, palabra cuyo objeto y alcance se tergiversan no poco; por lo que conviene fijar, ante todo, su verdadero sentido. «¿Qué es la crítica?» se pregunta un literato de nuestros días¹. «Es la habilidad de encontrar defectos? ¿El arte de alabar por un tanto convenido? ¿La patente de pensar en voz alta y decir sus gustos personales al más ó menos resignado público? Eso será una censura, una adulación, un capricho; eso no será crítica. Si la etimología vale algo, nos dice que crítico es tanto como *juez*, y un juez ni es un fiscal, ni un esclavo, ni un maníaco. Un juez tiene su Código, ve y examina el hecho, pesa todas sus circunstancias, ahoga en su pecho propensiones y rigores, y falla absolviendo, condenando ó decretando honores. El crítico, pues, digno de su nombre, si no quiere ser una unidad del público, debe reconocer un código de arte, con él y por él medir la obra literaria en su conjunto armónico, decretarle, según su mérito, coronas ó perpetuo ostracismo, y estar tan lejos de torcerse por interés, que aun alabe virtudes literarias que no sean las preferidas ó cultivadas por él y las que en sus escritos campeen.»

En el siglo XIX, ansioso de escudriñar los secretos de la naturaleza y de darse cuenta de todo, la crítica tomó mucho incremento, penetró en campos antes desconocidos, y vino á formar una rama robusta del humano saber. «Jamás se repitió la palabra *crítica* más á menudo, con mayor jactancia y sobre temas más diversos», observa el Padre Lapótre². «Jamás la crítica empleó mayores esfuerzos ni concibió más halagüeñas esperanzas. Sin hablar de la crítica literaria y de la artística, que, ocupadas especialmente en la vigilancia de lo bello, tienen sólo relación de analogía con la otra que atiende á lo verdadero, con dificultad se citará una sección importante de los conocimientos humanos que no se haya empeñado en dar cabida á la crítica, en instalarla en su hogar, sobre el altar doméstico, como á un dios tutelar encargado de velar por la seguridad de la familia y la expulsión de los dioses enemigos. La filosofía tuvo su crítica, como la historia, como

¹ *Aicardo*, De críticos y de crítica.

² Un siècle: La critique.

la filología, como todas las ciencias de experiencia y observación. Se la vió aun en lugares que parecían no reclamarla, en ese dominio de las ciencias matemáticas, en que la crítica se hace, en cierto modo, por sí misma; puesto que la luz brota de cerca, y el razonamiento soporta el rigor de las leyes inmutables. No estoy seguro de que ella no haya dado vueltas aun en torno de la venerable teología.»

Concretándonos á la crítica literaria, que es la más general, por ocuparse en las varias producciones orales ó escritas del ingenio humano, afirmamos que, para ser acertada, debe someterse á ciertas reglas, las que expondremos brevemente.

Siendo el crítico un juez, ha de tener las cualidades de tal, y en primer lugar la competencia debida. Para apreciar la belleza ó fealdad de una obra literaria, debe poseer conocimientos profundos en la materia, estar versado en el estudio de los maestros y tener cultivado el espíritu, sin lo cual los fallos serán deficientes y equivocados. Y no basta una ciencia ó ilustración general, sino especial en el ramo que se juzga. Por esto, un filósofo no puede, por lo general, criticar bien á un matemático, ni un astrónomo á un teólogo. Muy pocos son competentes, á la vez, en muchas materias, siendo lo más acertado acudir á los especialistas en cada una de ellas. Gran dicha sería para las bellas artes, según Quintiliano, que sus obras fuesen juzgadas sólo por los maestros de ellas.

El crítico debe ser imparcial: es decir, ha de proceder guiado por la justicia, apoyado en las reglas y leyes establecidas para el género de composición que examina, y en el amor desinteresado al arte. El crítico que alaba por conveniencia, que censura por pasión, que se deja llevar por sus gustos personales, desempeña mal su cometido, y engaña á los lectores. La crítica, á manera de la balanza de Astrea, no ha de inclinarse á un lado ó á otro sino movida por la justicia y la verdad.

El corazón, ó mejor dicho, el sentimiento, influye poderosamente en nuestros juicios; por lo que, cuando aquél predomina en el hombre, no son éstos muy acertados. Si el crítico se deja arrastrar de sus inclinaciones; si está prevenido en favor

ó en contra, pasará por alto toda clase de defectos, y no reconocerá las buenas partes de la obra analizada. Su fallo carecerá de justicia é imparcialidad. «Este influjo del sentimiento sobre nuestros juicios se echa de ver hasta en las cuestiones puramente especulativas», dice el Padre Jungmann¹; «si bien el hombre que discurre con rectitud procura neutralizarlo, con la seguridad que le da la conciencia de que sólo cuando está libre de la agitación consiguiente á las afecciones del ánimo, debe de pronunciar sus juicios.»

El crítico debe juzgar conforme á las reglas. Hemos dicho ya que sin aptitudes naturales es imposible cultivar las bellas letras; pero, supuestas dichas dotes, aprovecha mucho el conocimiento y aplicación de las reglas dictadas por los maestros del buen gusto, y fundadas en la naturaleza y exigencias de cada género literario. Desconocer las reglas en la crítica, ó infringirlas, equivale á introducir el desorden y la confusión en el campo de las letras, origen de fatales consecuencias.

El crítico debe ser recto y prudente en sus fallos. Toda obra literaria consta de fondo y de forma, siendo el primero lo esencial, y la segunda lo accidental. Fijarse sólo en el estilo de un escrito, y prescindir del asunto de que trata, es lo mismo que apreciar una estatua sólo por el colorido, y no por la conformación de los miembros y la expresión de la fisonomía. Los críticos que enaltecen una obra cuyo tema ó desarrollo es nocivo, sólo por la galanura del estilo, imitan á los que endulzan el veneno, para que los incautos lo tomen sin repugnancia.

El crítico no debe ser nimio y exagerado en sus juicios. Hay críticos que, como otros tantos Aristarcos, se empeñan únicamente en encontrar defectos en las producciones que analizan. Nada les contenta y, prescindiendo de las bellezas de la obra, sienten verdadera satisfacción cuando dan con algún desliz literario ó con otra deficiencia. Esos rebuscadores de ápices olvidan la limitación humana; por lo que ya dijo Horacio: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

¹ «Las bellas artes».

Con semejante criterio, nadie, llámese Píndaro, Homero, Dante, Milton, Cervantes, Goethe, Calderón, Shakespeare, y otros insignes cultivadores de las bellas letras, quedaría en pie ante los golpes de maza de esos furiosos demoleedores. Preciso es tener en cuenta que las obras maestras son escasas, y que la mediocridad es lo común en las obras del hombre; por lo que no debe exigirse de todos igual grado de elevación.

Esa crítica desapiadada que nada perdona; que todo lo ve al través del prisma de la prevención; que no se limita al análisis de la obra literaria, sino se extiende á la persona misma del autor, para ridiculizarla, y que aun penetra en el recinto de la vida privada, no es justa ni cristiana. También es reprehensible la manía de exigir en los principiantes el mismo grado de perfección que en los veteranos de las letras. ¡Cuántos ingenios en cierne se han agostado por las burlas sangrientas de críticos biliosos que, olvidados de que todo reparo é indicación han de proponerse la enmienda y mejora de las obras del ingenio humano, se empeñan en ahogarlo y aniquilarlo! El crítico debe guiar á los obreros del pensamiento en su difícil labor, indicándoles los defectos en que incurrer, y enalteciendo lo bueno que produzcan. Sobre todo debe estimular á la juventud estudiosa, mirar con indulgencia sus primeros ensayos, inculcarle la frecuente lectura de los buenos modelos, é indicarle el rumbo que ha de seguir para formar bien el gusto y obtener después merecidos triunfos.

«El fin de la crítica», según un escritor español¹, «es, ante todo, educar el gusto de las muchedumbres y llamar su atención hacia las obras y los autores que lo merecen, alentar á los fuertes, difundir luz y calor en torno de ellos, evitar que la indiferencia y el desvío esterilicen aptitudes nacientes, facilitar la comunicación entre el público y los espíritus escogidos, contribuyendo así á que la atmósfera intelectual de un país se asimile cuantos elementos puedan enriquecerla. Entre nosotros circula poco el oro de los entendimientos, cuando no adopta determi-

¹ Juan Alcover, en el prólogo á los «Estudios literarios» del Padre R. del Valle Ruiz.

nadas formas impuestas por la rutina, y en cambio corre mucha moneda falsa, por falta de autoridades prestigiosas y activas que impongan la legítima. Críticos sí los hay, pero escasos: algunos discretos y perspicaces; otros superficiales é inductos, casi todos afectados de cierta desgana que no les permite chupar la espina á los ejemplares sometidos á su dictamen, y aplicar á conciencia las leyes de la justicia distributiva. Extensas latitudes del mundo del arte les son extrañas, y si los frutos del ingenio que caen en sus manos no han brotado en la zona familiar á su pensamiento, difícil será qué el sabor desacostumbrado no se traduzca en un gesto de displicencia, cuando no en elogios inconscientes, que así convencen y halagan al favorecido, como podrán halagar á una mujer pelinegra las flores de un galán corto de vista, que la alabase por rubia.»

El crítico ha de proponerse siempre un fin moral. Las creencias, las preocupaciones, los juicios preconcebidos influyen en la crítica. Si el que la ejercita es apasionado, ó de ánimo prevenido, sus fallos serán erróneos y perjudiciales. Si, por el contrario, respeta la religión y la moral; si ama la verdad y el bien; si procede con calma y discreción, tendrán grande peso sus observaciones. Virtud, talento y valor son, á juicio de Platón, las dotes que ha de tener necesariamente el que juegue de cosas tocantes al arte. Lo mismo enseña Aristóteles: la regla y medida de todas las cosas es la virtud, dice, y el que la posee procede rectamente.

Para apreciar de modo debido una obra literaria, sobre todo antigua, conviene tener en cuenta las circunstancias y el tiempo en que fué compuesta, las ideas dominantes en la época, el medio ambiente en que vivió el autor, para, formado un concepto cabal de ella, fallar con pleno conocimiento de causa. «Aun cuando el artista se eleve en sus creaciones sobre el nivel de sus contemporáneos, no por eso deja de ser, como ellos, hijo de su época», observa el Padre Jungmann¹. «Las doctrinas filosóficas y las máximas morales á que su siglo rinde vasallaje, dominarán también con más ó menos fuerza el ánimo

¹ L. c.

del escritor; el fervor de la vida católica, que vivificó los años de su juventud, dará á su corazón fuerza y calor. La extinción de todo sentimiento moral, el indiferentismo y la frialdad religiosa del siglo herirán de muerte ó sofocarán en su alma los gérmenes de toda grandeza, de toda bondad ó hermosura. Raros son los ingenios que tienen la dicha de acabar lo que principiaron siguiendo un pensamiento propio, y de impulsar á su siglo, en vez de ser arrastrados por la corriente.»

Las reglas anteriores y otras más que pudieran darse dependen en su aplicación del concepto que el crítico tenga acerca de la verdad, de la bondad, y sobre todo de la belleza, concepto que es la *piedra de toque* y el principio fundamental en esta materia. Como esas tres cualidades son trascendentales en el ser y deben existir en toda producción artística, el juicio del crítico será acertado ó equivocado, según las ideas que tenga acerca de ellas. La verdad (lo dijimos ya) es la conformidad del entendimiento con su objeto: un juicio es verdadero cuando el predicado está de acuerdo con el sujeto. La verdad es elemento necesario en toda obra de arte; la bondad es la aptitud del ser de aquietar con su posesión el apetito; y la belleza es la complacencia que siente el alma con la vista ó conocimiento de un objeto.

El crítico no es libre para juzgar á su arbitrio del mérito ó demérito de las obras artísticas, sino que su fallo debe fundarse en el grado de verdad, bondad y belleza que tengan. Tampoco le es dado atribuirles estas cualidades, si carecen de ellas; ni desconocerlas ó negarlas, si las poseen. Obligación suya es hacer resaltar lo bueno y malo, lo hermoso y feo de las producciones literarias.

Todo objeto bello produce agrado en el alma; mas como es fácil tomar por bello lo que no lo es, conviene, sobre todo al crítico, educar el gusto artístico, ó sea «la facultad de gozar del placer inherente á la belleza de las cosas, de reconocerla luego por este medio y de fallar acerca de ella»¹.

¹ Jungmann l. c.

Algunos creen que en materia de gusto puede cada uno proceder á su antojo, conforme á aquel dicho: *de gustos nada se ha escrito*. Tal regla no puede aplicarse á la crítica literaria; porque ésta, para merecer el nombre de tal, no ha de ser antojadiza, sino que debe apoyarse en principios y ser amaestrada por el ejercicio; debe juzgar de las obras artísticas mediante razones demostrativas, como se procede para comprobar la bondad moral de las acciones ó la verdad de los hechos históricos. El gusto estético ha de fundarse en la razón, y no en puro sentimentalismo y mucho menos en la pasión ó el capricho. «En tanto somos criaturas racionales, en cuanto se regula nuestro conocimiento por las leyes invariables de la sabiduría eterna, y en cuanto nuestra virtud expansiva se mueve naturalmente hacia lo que es bueno con bondad moral. Esta propiedad esencial de nuestra naturaleza nos hace capaces de conocer la verdad, y bajo tal respecto lleva los nombres de entendimiento, razón, tomada esta voz en sentido riguroso; por medio de ella discernimos el bien del mal, y sentimos inclinación al primero y aversión al segundo, representándose bajo este respecto dicha facultad como sentimiento moral ó conciencia; finalmente, por virtud de esa propiedad podemos gustar del placer inherente al amor del bien en sí mismo considerado y de reconocerlo por este medio como bello: tal es la razón de llevar en este caso el nombre de gusto. Tomado éste en dicho sentido, es, no menos que el entendimiento y la conciencia, una dote esencial de la naturaleza racional. Á ninguno le falta conciencia ó inteligencia; porque, según la frase de San Pablo pronunciada en el Arcopago, por la inteligencia *somos del linaje de Dios* (Act. XVII, 28); á ninguno le falta aptitud para gustar y percibir la belleza, porque todo hombre, según el dicho de Máximo de Turín, tiene algún parentesco *con lo bello primordial, con la belleza misma por esencia*.»¹

El juicio sobre la belleza no ha de estribar principalmente en la experiencia empírica ó en la mera impresión que producen

¹ Jungmann l. c.

en nosotros las cosas, sino en las cualidades intrínsecas del ser, en que todo en él esté debidamente proporcionado ú ordenado. «Así como las cosas son en sí verdaderas y buenas, independientemente de la impresión que nos causan, también son bellas por conformarse con la belleza esencial, con la *razón increada*. Y pues nuestra inteligencia ha sido creada á semejanza de ella y la lleva impresa como un sello; y en nuestra razón fueron grabadas las leyes de la sabiduría eterna, como regla natural de su conocimiento y de su amor; síguese claramente que la razón constituye la regla próxima é inmediata, reguladora de los juicios concernientes á la verdad, al bien y á la belleza. De aquellas ideas y principios fundamentales, como, por ejemplo, los de razón suficiente, de causalidad, etc., se deducen los axiomas objetivos, independientes de la experiencia, en los cuales se funda esencialmente el gusto; axiomas que deben ser reconocidos por regla necesaria de la mente en sus juicios acerca de la belleza.... Si el artista, si el crítico las menosprecian; si van contra ellas, es claro que sus concepciones totales, ó al menos la parte de ellas donde exista la oposición, son simplemente vanas, irracionales, metafísicamente imposibles.... El artista, según Aristóteles, no tiene necesidad de exponer lo que ha sido, sino lo que (dados ciertos supuestos y circunstancias) debería suceder, necesaria ó verosímilmente, por lo menos.... Por cuya razón la poesía (el arte) se acerca más á la filosofía que la historia y requiere más alto grado de fuerza espiritual que la última.»¹

El crítico puede pecar por exceso ó por defecto, según sea exagerado ó parcial en sus fallos. Un justo medio evita ambos escollos y hace de la crítica una escuela de cultura y moralidad literaria. Para desempeñar bien su cometido necesita el crítico tener el gusto cultivado con perfección, lo que es muy raro; por lo que decía Labruyère que, después del espíritu de discernimiento, son muy escasos en el mundo los diamantes y las perlas, palabras que manifiestan cuán difícil y delicada es la crítica literaria.

¹ Jungmann l. c.

En conclusión: la crítica literaria no es sino la aplicación del criterio filosófico al examen de las obras del ingenio. Quien emprendiese al acaso, prescindiendo de las reglas de la lógica, el juicio de las producciones artísticas, no será más que un aficionado, un presionista más ó menos hábil, un *dileante* quizá de talento; pero, en definitiva, un erudito á la violeta, un ignorante pretencioso.

Recomendamos á la juventud que, antes de lanzarse por resbaladizo sendero de la crítica, eduque el gusto, forme el criterio literario y aspire á las altas y soberanas funciones de juez en materia de arte. No sea que, halagada por la facilidad del género, se entregue á la enojosa tarea de los folletos literarios y de las gacetas, en que la acritud y el desenfado de la censura corre parejas con la ignorancia de los seudocríticos.

Antes que en criticar, ensáyese la juventud en producir obras originales y sentidas: que después con los años y el estudio vendrán de suyo el raciocinio y el buen gusto indispensables para juzgar las obras ajenas.

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO. RESUMEN Y SUPLEMENTOS.

1. Ojeada retrospectiva. — 2. La educación, obra capital en la sociedad. — 3. Á quiénes corresponde educar, y manera de hacerlo. — 4. La educación y la urbanidad. — 5. La Iglesia y el Estado con respecto á la educación. — 6. La Iglesia católica y la instrucción. — 7. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos. — 8. Triste situación de la ciencia desligada de la fe. — 9. La juventud y el porvenir. — 10. Modelo de joven ilustrado y creyente. — 11. El carácter y el trabajo en la educación individual y social. — 12. Ó educación cristiana, ó impiiá. — 13. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.

1. Ojeada retrospectiva. — El viajero que, después de largos días, llega al término de la jornada, trae á la memoria el camino recorrido, para darse cuenta de las fatigas soportadas y de las dificultades vencidas, á fin de bendecir á la Providencia que ha guiado sus pasos. Quien se propone componer un libro, aunque sea humilde y sin pretensión alguna,